

El gambeteo democrático: clubes de fútbol, globalización neoliberal y elecciones municipales en Buenos Aires en el año 2003*

Carlos A. Forment

Era mi segunda entrevista con Héctor, mecánico y a veces techista de 46 años que se autodefinía como hincha de Huracán, el club que tiene su estadio en Parque Patricios, un barrio humilde de la ciudad de Buenos Aires.

* Las críticas de Dilip Gaonkar y Claudio Lomnitz a una versión anterior de este artículo me hicieron reformular mi argumentación. También les estoy agradecido a Patrizia Nanz y Charles Taylor por haberme invitado a presentar este ensayo en el Coloquio de las Culturas de la Democracia, llevado a cabo en el Wissenschaftskolleg de Berlín, y a Marcelo Cavarozzi y Arturo Fernández por brindarme la oportunidad de debatirlo con miembros del seminario para docentes que conducen en el Departamento de Política de la Universidad Nacional de San Martín. Las treinta entrevistas que integran este ensayo fueron realizadas entre no-

Hacía más o menos media hora que estábamos charlando cuando le pregunté por qué le apasionaba el fútbol y en cambio era apático en lo que respecta a la política. Me contestó lo siguiente:

De la gente que conozco, nadie le da bolilla a la política. (...) Fuimos tantas veces traicionados por tantos políticos, que ya no le creo más a ninguno, ni siquiera a los que quieren ayudarnos, como Kirchner [presidente de la Argentina en ese momento]. (...) Al fútbol lo llevo en la sangre. Fui “quemero” [hincha de Huracán] desde que era pibe y voy a morir usando esa camiseta. Le dije a mi esposa que me entierren con ella. Mis dos hijos mayores juegan al fútbol en el club, y en verano nadan en su pileta. Cuando Huracán es local, a menudo voy con ellos o con mis amigos a la cancha. (...) Durante un partido, me desenчуfo de todas mis preocupaciones, y cuando termina ya estoy mejor preparado para enfrentar otra semana. (...) Huracán tiene tantas deudas que declaró la quiebra; perdimos tantos partidos que descendimos y ahora solo podemos jugar contra equipos de segunda división. Sí, Huracán es un tremendo y total quilombo, pero mi pasión por él no cambió.¹

Le recordé a Héctor que la crisis de Huracán había sido provocada en parte por sus directivos electos, que dilapidaron y robaron grandes sumas de dinero de las

viembre de 2003 y febrero de 2004. La mayoría de ellas (veinte) se efectuaron con habitantes de vecindarios humildes de la zona sur de la ciudad (La Boca, Barracas, Villa Lugano y Mataderos); las diez restantes, con habitantes de clase media de barrios de la zona central y de la zona norte (Núñez, Flores y Belgrano). Todas las entrevistas se realizaron en español; la mitad de ellas (quince) fueron realizadas por Santiago Garraño. Leonardo Hirsch tuvo a su cargo averiguar y verificar algunas de las cifras que aquí se mencionan en relación con la vida futbolística de Buenos Aires.

arcas del club. Héctor evadió la cuestión más de una vez, pero finalmente admitió que en los clubes de fútbol el nivel de corrupción era más o menos el mismo que entre los políticos. Después me aclaró por qué la corrupción no había disminuido su pasión por el fútbol:

No sé por qué el fútbol me commueve de esa manera y la política ya no. Lo mismo me pasa con mi barrio. Es un sentimiento que no puedo explicar. [Esta frase, usada en primer lugar por los peronistas en la década del cuarenta para describir su lealtad al Partido Peronista, se ha convertido en un cliché, y tanto entre los peronistas como entre los no-peronistas ha cobrado el carácter de una verdad ontológica para designar fuertes sentimientos de identificación con una causa o una institución pública]. Nada de lo que yo pueda sentir fuera de la cancha es comparable a lo que siento cuando estoy dentro.(...) A veces, para ir a ver un partido de Huracán, pedí licencia por enfermedad en el trabajo y me lo descontaron del sueldo, me perdí reuniones familiares y hasta cancelé encuentros con mi novia. Se dice que un club de fútbol nunca va a meterte los cuernos como puede hacerlo una mujer.²

Las satisfacciones que le da su club a Héctor superan cualquier ambivalencia que sienta hacia él, ambivalencia basada al parecer en una doble serie de normas, probablemente incongruentes entre sí: por un lado, están las relativas al mundo del fútbol, derivadas de la gratificación personal y, por otro lado, las referidas a la política, derivadas de las normas públicas sobre la responsabilidad personal. La respuesta de Héctor parece ratificar las críticas que desde hace mucho tiempo la centro-izquierda le dirige a los aficionados al fútbol (y a otros grupos asociados con la cultura popular, como los evangelistas y los amantes del rock), a quienes acusa de socavar las

formas democráticas de vida de la ciudad difundiendo, en especial entre los pobres y los sectores sociales marginados, la “libertad negativa”.³

El objetivo de este ensayo es examinar por qué, en las elecciones municipales de 2003, tantos “porteños” (habitantes de la ciudad de Buenos Aires) transformaron el mundo del fútbol en un “modelo de y para” el gobierno municipal, y cómo se constituyeron en un nuevo tipo de ciudadanos: los “gambeteadores de la democracia”.⁴ El estudio de los vínculos subterráneos entre el fútbol y la política en Buenos Aires que entonces salieron a la superficie permite explicar, además, por qué, al responder a las presiones de la globalización liberal, las instituciones locales están transformando, asimismo, la vieja relación entre la vida urbana y la ciudadanía.⁵

El ensayo se divide en cuatro partes. En la primera, se describe cómo reaccionaron los porteños frente a la crisis social y de representación producida por la globalización en los años previos a dichas elecciones, destacando por qué razón tantos de ellos renunciaron a la sociedad política, dedicaron sus energías a la sociedad civil y organizaron una variedad de asociaciones fundadas en formas de vida locales y territoriales. En la segunda, se analizan los efectos de la globalización en el mundo del fútbol; gran parte del análisis se centra en uno de los principales clubes de Buenos Aires, Boca Juniors, conocido por los aficionados de todo el mundo como el club en el que surgió Diego Maradona. Las diversas reformas sociomo-

rales y administrativas que debió emprender el club para sobrevivir llevaron a los votantes a interpretarlas como un modelo útil para el gobierno de la ciudad. Además, estos cambios alentaron a los aficionados a reafirmar su lealtad al club, al par que predispusieron a muchos de ellos a considerarse miembros de la misma “familia de futboleros”. En la tercera sección, examino las prácticas sociales y de representación que caracterizaron la campaña por el gobierno de la ciudad en 2003 a fin de entender cómo, al fusionar el mundo del fútbol con el de la política municipal, los votantes, sus candidatos y los estrategas de estos últimos dieron un nuevo significado a las elecciones. En mis observaciones finales, retomo el tema central de la izquierda, la “futbolización” de la política, y propongo otra lectura de ese fenómeno.

EL NEOLIBERALISMO Y LA CRISIS DE LA VIDA PÚBLICA

Desde comienzos del año 2000 hasta mediados del 2004, los porteños vivieron una de las peores crisis de representación que haya habido hasta la fecha, así como un descalabro sociopolítico comparable, por su magnitud, al experimentado durante la Gran Depresión de la década del treinta.⁶ Luego de destituir a cuatro presidentes en otras tantas semanas, los porteños organizaron una multitud de asambleas barriales e instaron a sus compatriotas de otras ciudades del país a que se les unieran en la demanda de una reforma legislativa de la Constitución para institucionalizar formas directas de democracia

tanto en el plano local como nacional. Presionada por la crisis, la empobrecida clase media estableció redes de trueque para intercambiar bienes y servicios de toda índole (comida casera, ropa usada, medicamentos genéricos, viviendas, cuidado de los niños, reparaciones de automóviles). En esos años, fue frecuente que huelguistas desocupados que esgrimían trozos de hierro y garrotes de madera bloquearan grandes avenidas de la ciudad y las salidas de las autopistas que la recorren, interrumriendo el tránsito y paralizando la vida urbana. Se les sumaron los ahorristas que marcharon por el centro de la ciudad y atacaron los bancos (nacionales y extranjeros) en represalia por impedírseles extraer sus depósitos en moneda devaluada. Antes de esta debacle, Buenos Aires había sido la ciudad con más clase media y mejor integrada del Cono Sur globalizado, pero en un breve lapso alcanzó altísimos niveles de pauperización, segregación social y fragmentación espacial. Creció enormemente el número y tamaño de “villas miseria” y de comunidades cerradas, mientras las calles de la ciudad eran invadidas por familias (incluidos niños) que pasaban el día entero revolviendo entre la basura en busca de papel y cartón y de productos de metal que luego revendían a fábricas que los reciclaban. En la mayoría de los vecindarios, sus habitantes crearon “ollas populares” para alimentar a esta moderna tribu de cazadores-recolectores surgida en la nueva edad de hielo de la modernización neoliberal.

Significados alternativos y caminos divergentes

Muchos porteños como Héctor, que vivieron este fenómeno, cortaron los lazos que alguna vez tuvieron con los partidos políticos más antiguos e importantes (el Peronista, la Unión Cívica Radical), volvieron la espalda a las instituciones oficiales y, llevados por su intenso escepticismo frente a la democracia electoral, apoyaron la democracia directa. Su participación en las asambleas vecinales y otros tipos de asociaciones locales llevó a innumerables porteños a dejar atrás la noción Estadocéntrica de la ciudadanía, basada en los derechos legales, civiles y sociales, en el sentido de T. H. Marshall, para abrazar una concepción arraigada en la sociedad civil y fundada en el reconocimiento mutuo y la pertenencia a la comunidad.⁷

No todos los porteños experimentaron este cambio de la misma manera. Un grupo, que incluía a muchos demócratas radicalizados como Héctor, abandonaron la sociedad política y se dedicaron a participar en los clubes de fútbol y en alguna clase de asociación local. Pero la mayoría no siguió este camino, sino que mantuvo su actividad política y participó en las elecciones municipales, aunque éstas habían sido impregnadas por el fútbol y estaban encuadradas por él. Estos últimos votaron por Compromiso para el Cambio, una coalición de centro-derecha dirigida por Mauricio Macri, presidente de Boca Juniors, convertido en un modelo “de y para” el gobierno de la ciudad. Esta fusión de fútbol y política les permitió salvar el abismo que se había abierto entre la sociedad

civil y la sociedad política, y que modificó la forma en que gran número de porteños entendían la democracia, la ciudadanía y la filiación institucional.

Esto a mí me resultó desconcertante por tres motivos. Desde la década del veinte, organizaciones civiles locales de uno u otro tipo (bibliotecas públicas, grupos de desarrollo comunitario, grupos barriales de autoayuda, etc.) cumplieron un papel importante en las elecciones municipales que hubo en Buenos Aires, pero ésta fue la primera vez que tuvieron un rol protagónico los clubes de fútbol.⁸ En segundo lugar, desde mediados de la década del noventa, en la sociedad política de Buenos Aires había predominado la centro-izquierda, mientras que en las elecciones de 2003, en medio de la crisis, la centro-derecha alcanzó un número récord de votos gracias a los lazos sociales y simbólicos que la unían con el mundo del fútbol. En contraste con ello, la coalición de centro-izquierda, Poder Porteño, muy ligada a las asambleas barriales y otras asociaciones radicalizadas de la sociedad civil, no logró granjearse su apoyo. En tercer lugar, si bien estos grupos radicalizados permitieron a los porteños practicar la democracia directa, la experiencia no generó un modelo alternativo de vida política, a diferencia de lo sucedido con los clubes de fútbol, que contribuyeron a restaurar la fe de los ciudadanos en la democracia electoral. Desde el surgimiento del gobierno militar en 1976, esta última no había sufrido una crisis de legitimidad tan profunda. Estos tres cambios —en las formas de organización (de

algún tipo de asociación cívica local a los clubes de fútbol), en la orientación política (del centro-izquierda al centro-derecha) y en la concepción de la democracia (de directa a electoral)— se vincularon con el modo en que la “familia de los aficionados al fútbol” de Buenos Aires reaccionaron frente a la globalización y a las diversas crisis locales relacionadas con ella.

CLUBES DE FÚTBOL Y VIDA PÚBLICA

Buenos Aires, con sus nueve equipos de primera división, igual número de estadios de nivel internacional (con capacidad para 361.000 espectadores) y aproximadamente ciento treinta partidos por temporada, es una de las ciudades del mundo en las que el fútbol tiene mayor preponderancia.⁹

Aproximadamente el 85% de los porteños se autodefinen como hinchas de un equipo local. En 2003, en pleno apogeo de la crisis, tres millones de personas (la población total de la ciudad es de 2,8 millones) concurrieron a las canchas para alentar a sus equipos.¹⁰ A los porteños también les gusta ver fútbol por televisión. Catorce de los quince programas de mayor audiencia están enteramente dedicados a este deporte, lo cual representa un total de cien horas de programación por semana. El 47% de los hombres y el 17% de las mujeres ven algunos de esos programas tres o más veces por semana; otro 35% de los hombres y 31% de las mujeres los ven una o dos veces por semana; el restante 18% de los hombres y 52% de las

mujeres no los ven nunca.¹¹ Así como los balineses tienen una profunda pasión por las riñas de gallos, los porteños se emocionan con los gambeteos futbolísticos.¹²

Dado que los clubes de fútbol han formado parte constitutiva de la vida pública porteña desde comienzos del siglo XX (mucho más que cualquier partido político), la crisis socioeconómica y de representación provocada por el neoliberalismo cobró una dimensión adicional. En este país de inmigrantes donde se consagró el sufragio universal, se asistió a la expansión del radicalismo primero y del peronismo después, y hubo un creciente grado de sindicalización, el “club social y deportivo” era la forma más masiva y frecuente de asociación voluntaria. Como si fuera una verdadera manía social, desde principios del siglo XX y en forma continua durante cuatro décadas aparecieron en cada vecindario una gran cantidad de clubes, cada uno de los cuales tuvo a su cargo la organización de la vida recreativa, deportiva y social de los habitantes de la zona.¹³ Pese a los múltiples y variados cambios que sufrieron los clubes de fútbol a lo largo del siglo, siguieron siendo las formas más significativas y duraderas de vida asociativa en Buenos Aires. Además, operaron siempre como grupos civiles en manos de sus propios miembros más que como empresas privadas, según pasó a ser la norma en todo el resto de América Latina y Europa.¹⁴ Los afiliados a los clubes de fútbol de Buenos Aires gozan (sin cargo o por una pequeña suma adicional) de una amplia gama de actividades y servi-

cios, incluido el uso irrestricto de las instalaciones de estos complejos polideportivos, donde pueden aprender o practicar gran número de deportes (levantamiento de pesas, artes marciales, natación, básquetbol, *paddle*, vóleibol, gimnasia aeróbica) bajo la supervisión de instructores idóneos. Los clubes poseen, además, un pequeño cuerpo médico y de enfermeros que ofrecen controles de rutina y ciertos tratamientos especializados (pediátricos, ginecológicos, odontológicos, kinesiológicos), así como farmacias en que se venden medicamentos genéricos con gran descuento. La mayoría de ellos brindan, por añadidura, cursos introductorios de inglés y computación, clases de apoyo de lectura y matemática para escolares, cursos de educación para adultos, conferencias y clases de teatro para mayores, diplomas para maestras jardineras y clases de bordado, que facilitan conseguir empleo a las mujeres desocupadas. Casi todos los clubes de primera división realizan actividades de extensión en la comunidad y brindan a las familias menesterosas de la zona becas para afiliarse a la entidad, campeonatos anuales y campamentos de verano para sus hijos, así como comedores en los que sirven diariamente el desayuno y la merienda a centenares de niños y de personas mayores, y les regalan todos los meses bolsas con alimentos.¹⁵

Durante el gobierno del presidente Menem, en los años noventa, pese a los reiterados intentos tanto del poder ejecutivo como del legislativo y el judicial para privatizar a los clubes, éstos siguieron siendo las únicas

instituciones públicas del país que desafiaron la campaña lanzada contra ellas a lo largo de toda la década.¹⁶ No obstante, para sobrevivir y preservar su carácter de asociaciones civiles debieron adoptar ciertas medidas radicales.¹⁷ Algunos debieron declarar la quiebra para impedir que sus acreedores ejecutaran sus cuantiosas deudas quedándose con su patrimonio; otros tuvieron que subcontratar varias actividades lucrativas (los derechos de la televisión, la venta de los productos del club) a inversores privados, para poder quedarse con las instalaciones; otros aumentaron las cuotas y redujeron los servicios y beneficios que otorgaban a sus afiliados.¹⁸ Todos sin excepción debieron vender a clubes europeos a sus jugadores más talentosos con el fin de usar esos ingresos para saldar sus deudas. La mayoría recurrió a varias de estas estrategias, y Boca Juniors fue el que tuvo más éxito en combinarlas de modo tal de conservar su carácter de asociación civil.

BOCA JUNIORS COMO MODELO DE Y PARA EL GOBIERNO MUNICIPAL

A mi entender, el motivo de que los porteños de todo origen y de todos los clubes de fútbol llegaran a considerar a Boca Juniors un modelo para el gobierno municipal es el éxito que logró para reformarse aun en medio de la crisis. Ninguno de los otros grupos comunitarios radicalizados que surgieron durante ésta (asambleas de

vecinos, redes de trueque) les ofrecían algo semejante. Si bien tales grupos adherían a la democracia directa y Aníbal Ibarra les había prometido que, si era elegido intendente,¹⁹ institucionalizaría en Buenos Aires el “presupuesto anticipado” a semejanza del establecido en Porto Alegre, Brasil, esta propuesta generaba poco entusiasmo en el electorado porteño.

Durante la crisis, Mauricio Macri, presidente de Boca, con el respaldo de la Junta Directiva del club y de su asamblea de delegados, elevó las cuotas mensuales e impuso un arancel por el uso de las instalaciones deportivas y los servicios médicos de la entidad, así como para asistir a los cursos que brinbaba.²⁰ Además, fueron suprimidos o reducidos los programas de ayuda comunitaria. Al término de su primer mandato como presidente, Macri describió así la desmoralización prevaleciente antes de que él asumiera el cargo:

En nuestro país, el código ético ha sido quebrado no solo por los políticos, sino también por los sindicalistas y empresarios. Esta fractura ética recorre horizontalmente [la sociedad y todas sus instituciones], motivo por el cual ahora dejamos que hagan cualquier cosa en cualquier parte. (...) Cuando asumí el cargo, Boca se encontraba en un estado de total anarquía. Todos opinaban sobre todo: los jugadores, los entrenadores, los empleados, los miembros de la Junta Directiva. Nadie tenía una idea clara sobre el papel que le tocaba cumplir en el club.²¹

Macri y sus partidarios introdujeron una serie de reformas tendientes a que tanto los jugadores como la Junta Directiva y los hinchas comprendieran sus deberes y responsabilidades mutuas.

Antes de la presidencia de Macri, los periodistas, afiliados y jugadores solían referirse a Boca, debido al desorden y la amoralidad prevalecientes, como un “cabaret” o un “conventillo” (el tipo de vivienda de clase baja común en ese barrio, asociada con la venta de drogas y otras actividades ilícitas). Las estrellas como Diego Maradona incluían en sus contratos cláusulas que las eximían de cumplir muchas de las reglas y normas vigentes para otros jugadores (asistencia puntual a las prácticas y reuniones del equipo, abstención de toda crítica a los entrenadores y autoridades del club en las entrevistas a la prensa, sometimiento a los controles antidopaje y a las restricciones relativas a las salidas nocturnas). Asimismo, exigían sueldos fabulosos y grandes bonificaciones independientemente de su actuación en el campo de juego. Bajo el liderazgo de Macri, y con el apoyo de la Junta y la asamblea, Boca despojó a estas estrellas de sus privilegios, redujo en forma drástica sus sueldos y bonificaciones y les recordó que eran empleados del club en lugar de ser celebridades.²² Después de un año y medio de amargas disputas, Maradona y varios otros jugadores encumbrados se fueron del club, lo cual fue un fuerte sacudón para los hinchas, que sin embargo comprendieron que las reformas emprendidas por Macri eran indispensables para asegurar la supervivencia de aquél.

La Junta Directiva y la asamblea, controladas por Macri, tomaron medidas asimismo para mejorar la situación de los jugadores más jóvenes, que siempre habían sido tra-

tados en el club como ciudadanos de segunda categoría. Hasta entonces, Boca había preferido adquirir, a un alto precio, jugadores avezados de otros clubes que aumentaban las posibilidades del equipo de ganar, en lugar de promover a los jugadores de las filas inferiores, estrategia esta última mucho más riesgosa. Aunque en términos económicos la promoción de los jóvenes era menos costosa, en términos sociales exigía a todos los integrantes de la entidad un compromiso a largo plazo, dejar de lado los triunfos inmediatos y priorizar el desarrollo social y moral de los propios jugadores y su gradual integración al equipo de primera división. Macri lo explicó así:

Cuando pueda tener [en el equipo de primera] jugadores de las divisiones inferiores que yo mismo he educado y cuya única obsesión sea que Boca gane, habré conquistado la autoridad moral necesaria para pedirles que se queden en nuestro equipo y jueguen para él tres años más. Hoy carezco de esa autoridad para pedírselo a cualquiera de ellos.²³

En el club, muchos atribuían a la falta de educación moral la ausencia de espíritu de grupo entre los jugadores de primera (muchos de los cuales habían sido comprados a otros clubes) así como las recientes disputas entre ellos y las autoridades de la entidad:

No basta que nuestros jugadores sean talentosos. La evaluación que hagamos de ellos tiene que ser global, lo cual quiere decir que debemos juzgarlos (...) no solo como jugadores sino como personas. Y esto exige formación y educación. Un jugador joven que no es capaz de terminar sus estudios no puede jugar para Boca. Para permanecer en el equipo, tiene que haber terminado la escuela secundaria. (...) Para un jugador, el mayor desafío

no es formar parte de Boca, sino seguir siendo parte de Boca. Tenemos que enseñarles a nuestros jugadores cómo superar la corrosiva influencia del éxito, la fama y las mujeres.²⁴

Bajo la conducción de Macri, Boca pudo modificar las relaciones sociales y morales entre los jugadores, así como las que existían entre ellos, los directores técnicos y entrenadores, y los integrantes de la Junta Directiva y la asamblea.

La campaña de Macri contra el vandalismo de las “barras bravas” y las reformas arquitectónicas que introdujo en el estadio del club contribuyeron a modificar la composición social de éste. Si bien el vandalismo era practicado apenas por una pequeña minoría (menos del uno de por ciento de los afiliados), las “barras bravas” ejercían una enorme influencia en la organización. A ellas se debía que miles de aficionados y sus familiares hubieran dejado de asistir a la cancha, por temor a ser víctimas de la violencia de la multitud. Los miembros de las “barras bravas” de Boca atacaban a los hinchas en los partidos y con frecuencia visitaban el estadio fuera del horario del partido para acosar y extorsionar a los jugadores, directores técnicos y autoridades, exigiéndoles “donaciones en efectivo” así como centenares de entradas que luego revendían para financiar sus actividades (venta de drogas, suministro de comida y cigarrillos a los miembros de la barra que iban a la cárcel, y viajes al exterior para asistir a partidos en otros países, incluidos los de la Copa del Mundo). Durante su administración, Macri expurgó

la nómina de socios del club de los “barras bravas” más notorios, les prohibió ingresar al estadio y dispuso que guardias privados se apostaran en lugares estratégicos a fin de impedirles tener acceso a los jugadores, directores técnicos, entrenadores y funcionarios. Si bien estos esfuerzos no lograron erradicarlos por completo, los redujeron en forma significativa, como lo indica el notable aumento del número de hinchas, incluidos sus familiares, que a partir de entonces concurrieron al estadio.

La Junta y la asamblea, controladas por Macri, apoyaron su idea de modernizar el estadio de Boca (llamado “la Bombonera”), que no había tenido ninguna reforma en más de cincuenta años y se hallaba tan deteriorado que los inspectores municipales habían informado que no era un lugar seguro. Además de reparar la infraestructura, los directivos destinaron grandes sumas a la construcción de rampas y ascensores para discapacitados, y a la renovación de las cafeterías y restaurantes, los baños y vestuarios, las tribunas, etc. Se incrementó la capacidad del estadio para los espectadores, sobre todo en el sector de las tribunas dedicado a las plateas, así como en los destinados a las mujeres, las familias, los discapacitados y los miembros vitalicios, reduciendo en cambio el número de entradas de menor costo en las gradas comunes para los hinchas de bajos ingresos. Estas reformas implicaron una erogación de casi 4,5 millones de dólares, pero no le costaron al club ni un solo peso, ya

que el dinero se reunió con la venta de las nuevas plateas entre personas de altos recursos.²⁵

La campaña contra las “barras bravas” y las reformas en el estadio contribuyeron a modificar la composición social de los concurrentes. La mayoría de los hinchas seguían proveniendo de la clase trabajadora y de las clases pobres, pero las reformas atrajeron al estadio a un número significativo de gente pudiente y de clase media (22% de personas adineradas, 38% de clase media, 40% de pobres).²⁶ Un periodista que visitó la Bombonera después de las reformas describió así el perfil social de los espectadores:

Dos naciones se han reunido en la Bombonera bajo la misma bandera azul y oro [colores de la divisa de Boca]. Los que pertenecen a la primera ya abandonaron toda esperanza de ir al estadio a robar y pasan el tiempo mendigando unas monedas para pagarse la entrada barata de 10 pesos en el “sector popular” de las tribunas; para los que pertenecen a la segunda, es mucho más fácil: todo lo que tienen que hacer es sacar la chequera de alguno de los bolsillos del saco. (...) En medio de estas dos naciones están aquellos que se empeñan en ascender de las gradas a las plateas, y los que luchan por no descender de las plateas a las gradas.²⁷

La disminución de la actividad de las “barras bravas” y las reformas arquitectónicas diversificaron el perfil socioétnico de Boca, haciendo que se asemejara al de la ciudad en su conjunto.

Macri reformó también la estructura de gobierno del club. Hasta entonces, la Junta Directiva, compuesta de afiliados empeñosos y entusiastas, solo había tenido a

su cargo la compra y venta de jugadores. En su afán de ganar el campeonato, gastó grandes sumas en la compra de algunas estrellas, por más que el club atravesara una crisis financiera. Ésta era la razón principal del endeudamiento de Boca; otra razón era que la mayor parte de estas tratativas se llevaban a cabo a puertas cerradas, e incluían un “sobreprecio” informal que iba a parar directamente a los integrantes de la Junta. Éstos creían justificado recibir esas sumas a cambio de todo el tiempo y dinero que habían dedicado al club. Con apoyo de la asamblea, Macri suprimió esta práctica reformando los estatutos. Desde entonces, antes de asumir el cargo los integrantes de la Junta debían depositar en las arcas de Boca el 20% de los fondos que el club tenía en su cuenta (alrededor de 3,6 millones de dólares). Si al final de su mandato el club había gastado más de lo previsto en el presupuesto, se habría de deducir de dicho depósito el monto correspondiente.²⁸ Esta medida demandó de los miembros de la Junta que asumieran su responsabilidad ante el fisco y fueran transparentes en sus tratativas, pero también disuadió a los afiliados de pocos recursos económicos de querer ocupar cargos en aquélla.

Durante la presidencia de Macri, Boca creó también un fondo de inversiones.²⁹ Sus integrantes, un grupo de ex jugadores, directores técnicos, entrenadores y banqueros, asumieron la responsabilidad de decidir la transferencia de jugadores del y al club, eximiendo así

de esa tarea a los miembros de la Junta. Evaluaban cada transferencia de acuerdo con las necesidades deportivas y la situación económica del club, no por el deseo de los hinchas de lograr triunfos inmediatos. Cada transferencia era discutida por los 1.500 integrantes del fondo, lo cual les permitía ejercer un control mutuo en tal sentido, y de ese modo frenar el nivel de corrupción. Los ingresos provenientes de cada transacción eran documentados e inspeccionados por un estudio contable. Además, las ganancias que dejaban esas transferencias se dividían entre los integrantes del fondo y el club; el fondo asumía la responsabilidad total por las pérdidas, y el club quedaba libre de imputaciones por tal motivo.

El éxito de estas reformas hizo que con el tiempo Macri y quienes lo apoyaban lograsen una influencia considerable en la Junta y la asamblea. Sin embargo, algunas reformas contribuyeron, sin proponérselo, a fortalecer el sistema de controles y equilibrios dentro de Boca. Dado que la familia Macri era una de las más ricas de la Argentina, y tenía intereses económicos en numerosas empresas, la Junta y la asamblea, con la aprobación de Macri, prohibieron a la entidad realizar negocios con cualquiera de sus miembros.³⁰ En 1997, cuando la influencia de Macri estaba en su apogeo, la asamblea rechazó (por primera vez en la historia del club) la memoria y balance anual del presidente y contrató un equipo de auditoría para controlar la situación financiera de Boca.³¹ Las discusiones en el seno de la asamblea y de la Junta se volvieron cada

vez más contestatarias; antes, estas reuniones duraban en promedio quince minutos; desde entonces pasaron a durar en promedio cuatro horas.³² Estos dos cuerpos directivos destinaron asimismo un dinero a la publicación de una revista mensual para los aficionados, a fin de mantenerlos al tanto de la vida del club y brindarles un medio para expresar sus inquietudes.

Durante el mandato de Macri, Boca subcontrató diversas actividades con compañías privadas con el objeto de tornarlas más rentables, sin cambiar por ello el carácter jurídico de asociación civil que tenía la entidad. En 1997, Macri confió la fabricación de unos cuatrocientos productos que llevaban el logotipo del club (desde ropa deportiva hasta artículos para el hogar, pasando por profilácticos, derechos de televisión, anuncios comerciales en los que intervenían jugadores del equipo y otros tipos de publicidad) a la empresa Multi-Deportes, lo cual le rindió al club al año siguiente 30 millones de dólares en utilidades. Boca firmó además varios otros contratos rentables con compañías privadas. En el año 2000, el club resolvió crear su propia empresa comercial, Boca Crece, y esto le posibilitó quedarse con una porción mayor de los ingresos por comercialización y venta de sus productos. Boca Crece lanzó una nueva línea de productos al mercado local, entre ellos una marca de vino, parcelas para entierros en un cementerio cercano y una flota de taxis, al par que aumentaba y diversificaba su presencia en el mercado internacional.³³

Macri y sus acólitos lograron preservar el carácter de asociación civil del club adoptando diversas medidas dirigidas al mercado que les permitieron protegerlo de la rapiña del neoliberalismo y de las campañas de privatización lanzadas por el Estado. El hecho de que en las elecciones de 1999 para la presidencia la asamblea de delegados y la Junta los afiliados votaran abrumadoramente en favor de Macri y sus representantes indica el amplio apoyo que habían conquistado en Boca.

LA PERTENENCIA A LA “FAMILIA DEL FÚTBOL”

En el transcurso de la crisis que vivió el país, los clubes de fútbol fueron una de las pocas instituciones con las cuales los porteños continuaron identificándose. Javier Castrilli, un árbitro apodado “el sheriff del fútbol” debido a su aplicación estricta de las reglas deportivas y de cortesía que debían regir durante los partidos, fue el primero en referirse a los clubes en relación con la crisis de representación:

Es imposible pensar en el fútbol sin tener en cuenta la brecha que hoy existe entre nuestras instituciones (...) y la sociedad. (...) La frase “crisis de representación”, tan usada [en los debates públicos], es otra manera de expresar las numerosas promesas rotas y compromisos traicionados que nos llevaron a la situación en que nos encontramos. (...) Sin embargo, esta completa y total falta de fe en todos nuestros representantes también ha provocado en nosotros la necesidad de sentir que somos parte de una comunidad más amplia que no nos traicionará. En medio de tanta

exclusión, marginación y engaño, muchos nos hemos vuelto al fútbol y hemos hecho de él el centro de nuestra existencia. (...) El fútbol es el símbolo perfecto para transmitir lo que queremos decir con la palabra “pertenencia”. El hincha es leal a su equipo hasta el fin de sus días.³⁴

Durante toda la debacle, los porteños siguieron identificados con sus respectivos clubes, en parte porque esa lealtad estaba enraizada en formas “comunitarias” de vida que se basaban, a su vez, en la familia y el vecindario. Según diversos estudios, la lealtad a un equipo deportivo se transmite casi siempre de padres a hijos o de tíos a sobrinos —y también, hoy en día, a hijas y sobrinas— y suele durar toda la vida, más allá de que el equipo gane o pierda.³⁵ En su análisis del fútbol británico, la oficina londinense del prestigioso estudio contable Salomon Brothers utilizó, para describir este tipo de lealtad, el término “*fan equity*” o “patrimonio de los aficionados”,³⁶ caracterizando a éstos como “una clientela irracionalmente leal”³⁷.

Pero si los porteños seguían siendo leales a sus clubes preferidos, no lo eran, como argumenta Castrilli, porque el mundo del fútbol se hubiera vuelto un refugio para ellos, sino a pesar de la desilusión que sentían al respecto. Como ya señalé, la mayoría de los clubes estaban vendiendo sus mejores jugadores a entidades europeas, lo cual constituía para los hinchas una gran decepción: eran muy conscientes del grado en que el fútbol había sucumbido ante las fuerzas de la globalización y la pro-

fesionalización. Y más aún los desalentó el hecho de que, como parte de su afán de ahorrar, los clubes comenzaran a ceder o tomar en préstamo sus respectivos jugadores, en lugar de comprar otros nuevos. Por ejemplo, en la temporada de 1995, si se examina la mayoría de los clubes de primera división, fueron prestados el 27% del total de jugadores. Durante los partidos de los campeonatos, que convocan el mayor número de espectadores, el porcentaje de jugadores prestados se triplicó.³⁸ Paradójicamente, estos y otros cambios no instaban a los hinchas a abandonar a sus clubes sino que reforzaban su adhesión a éstos. Reconstruyeron su lealtad al club y al mundo del fútbol en general fusionando elementos esenciales que tomaron del comunitarismo (lealtad personal, solidaridad colectiva) y del neoliberalismo (“etnopolítica”, “gerencialismo”, subcontratación).

La venta, préstamo o circulación de jugadores entre los equipos de primera división llevaron a los hinchas a reconsiderar su adhesión a sus clubes favoritos. Hasta poco tiempo atrás, la mayoría de ellos identificaban al club con el equipo, pero la comercialización de los jugadores tornó cada vez más difícil asociar ambas cosas. Dado que la mayoría de los jugadores eran “mano de obra” (en este caso, más bien “pierna de obra”)³⁹ contratada, los hinchas ya no los consideraban los legítimos representantes del club, y eligieron a otros individuos como auténticos estandartes y depositarios de sus venerables tradiciones. Roque Molina, un hombre de clase

media de 62 años criado en La Boca y que trabajaba como apoderado de una firma de exportación e importación, lo explicó de esta manera:

Los jugadores ya no pertenecen al club. Ni siquiera los considero hinchas del club; no tienen ningún motivo o apego especial para jugar en él. Son profesionales; están dispuestos a jugar para cualquier equipo en la medida en que se les pague lo que piden. Los hinchas son los únicos que siguen apasionándose [por el equipo]; son los únicos que sufren por el club. Los jugadores, en cambio, van y vienen.⁴⁰

La crisis neoliberal que ahora afectaba el mundo del fútbol predispuso a los hinchas a convertir la lealtad que antes sentían hacia los jugadores en lealtad mutua. Renovaron su sentimiento de identificación horizontal recíproca y su adhesión común al club en la cancha durante los partidos; su autoridad simbólica en el mundo del fútbol se consolidaba a la vez que era socavada la de los jugadores y funcionarios del club.

La circulación y comercialización de los jugadores fomentó, asimismo, que los hinchas se considerasen entre sí parientes ficticios, miembros de la misma familia de “futboleros”, en lugar de verse como meros rivales. Esto tuvo consecuencias en cuanto a la forma en que los porteños se clasificaban unos a otros en el mundo de la política. Según Roberto Fontanarrosa, legendario dibujante de historietas y autor de crónicas deportivas,

Años atrás, ningún político argentino se habría atrevido a revelar públicamente si era hincha de tal o cual equipo, por temor a

perder votantes; si un político era hincha de Boca, los hinchas de River no iban a votar por él, y viceversa. Pero hoy ya no es así. Hoy los políticos siempre dan a conocer su afiliación a un club. (...) Esto les sirve para identificarse con los votantes, en especial con los más viejos; los que no lo hacen, corren el riesgo de perder apoyo, ya que la mayoría de las personas son hinchas de algún equipo. Un argentino al que no le gusta el fútbol se vuelve bastante sospechoso.⁴¹

Como los hinchas se autoconsideraban miembros de la “familia del fútbol”, los políticos tuvieron que revelar cuáles eran sus equipos preferidos. De ahí que la diferencia más notoria entre los que votaron por Macri y los que lo hicieron por Ibarra fue el hecho de que pertenecieran o no a esa familia. Entre los que apoyaron a Macri, el 95% se describieron como hinchas de un equipo de primera división; el 5% restante dijo no adherir a ninguno. En cambio, entre los partidarios de Ibarra sólo el 58% se autoconsideraban hinchas; al 42% restante no le interesaba el deporte.⁴² Esta diferencia de 37 puntos porcentuales entre ambos bandos es un buen indicador del papel significativo que tuvo el fútbol, como marca de identidad, en las elecciones municipales. No solo dividió a los porteños, sino que unió a hinchas de clubes rivales. Un estudio completado durante la campaña electoral mostró que, entre los partidarios de Macri, el 48% se describían como hinchas de Boca; un 28%, como hinchas de su tradicional rival, River; y el 25% restante, como hinchas de algunos de los demás clubes de primera.⁴³ Si bien los porteños se identificaban con

distintos clubes, esto no les impidió juntarse, en su condición de miembros de la “familia del fútbol”, para apoyar a Mauricio Macri, presidente de Boca, como candidato a jefe de gobierno.

PANORAMA DE LAS ELECCIONES MUNICIPALES

La ciudad de Buenos Aires es el segundo distrito electoral del país por su magnitud, y tiene los votantes más instruidos y politizados. Los partidos de centro-izquierda y centro-derecha (y las coaliciones), ya sea que estén o no en el gobierno, atribuyen casi tanta importancia a las elecciones municipales de ese distrito como a las presidenciales; invariablemente, el grupo que controla la ciudad ejerce una enorme influencia política en el resto de la nación.

En el año 2003, la campaña para elegir jefe de gobierno comenzó el 27 de marzo y culminó el 14 de septiembre. Desde el principio, Poder Porteño, la coalición de centro-izquierda conducida por el entonces intendente Aníbal Ibarra (los ibaristas), y Compromiso para el Cambio, la coalición de centro-derecha liderada por Mauricio Macri (los macristas), expusieron sus distintas concepciones sobre la vida pública de la ciudad. Los ibaristas acusaban a los macristas de neoliberales cuyo propósito era privatizar los servicios sociales y desmantelar las instituciones públicas:

La ciudad enfrenta un férreo dilema: privatizar o proteger lo público. Macri simboliza lo que yo entiendo por privatización. En los últimos veinte años, él y los otros oligarcas de la economía, esos que [durante la presidencia de Menem] se volvieron ricos de la noche a la mañana haciendo negocios con el Estado, han utilizado su fortuna para sobornar a nuestros dirigentes políticos. Ellos son los responsables de socavar nuestras instituciones democráticas. Ahora estos privatizadores han puesto la mira en Buenos Aires y están dispuestos a robar las joyas de la abuela. Pero no los dejaremos. No permitiremos que nos despojen de nuestras escuelas públicas, nuestros hospitales públicos y nuestro Estado, que tanto ha hecho por mejorar la calidad de vida de todos los ciudadanos. (...) En esto radica el debate. Nuestra ciudad es la primera que debe enfrentar estas cuestiones, pero pronto toda la nación tendrá que decidir también si privatizar o preservar lo público.⁴⁴

En estas elecciones se jugaban muchas más cosas que el gobierno municipal: también estaba en juego el tipo de nación —solidaria o individualista— que los porteños querían para sí mismos y para sus hijos.

Los macristas entendían que la cuestión fundamental no era reducir o ampliar los alcances del gobierno municipal, sino si era posible crear una burocracia profesional y eficiente en lugar de continuar dilapidando los fondos públicos en la que entonces existía, a la que consideraban corrupta e incompetente:

La cuestión central que se debate en estas elecciones municipales es la necesidad de que el Estado recobre su influencia en la vida urbana. Precisamos un Estado dinámico e inteligente, capaz de administrar los recursos públicos en forma austera. Los fondos públicos no deben usarse para seguir subsidiando a los “ñoquis”

[personas designadas en cargos públicos por sus vinculaciones políticas que rara vez van a trabajar, aunque cobran regularmente sus sueldos] ligados al aparato político de la ciudad, o para pagar los servicios de consultores privados cuya única función es manejar la imagen del intendente. Los fondos que tengamos deberán destinarse a crear obras públicas y crear empleo auténtico. Ésta es la única manera de que podamos mejorar la calidad de vida de todo nuestro pueblo.⁴⁵

Durante toda la campaña, los macristas pusieron el acento en que estaban en favor de las instituciones públicas y el gasto social, pero en contra del tipo de Estado “populista” que existía en Buenos Aires. Este debate sobre la importancia relativa del Estado y las fuerzas del mercado en la conformación de la vida pública encuadró las elecciones; sin embargo, como argumentaré más adelante en este ensayo, con la fusión del fútbol y la política los candidatos, sus equipos de campaña y los votantes les otorgaron otro significado.

DESCRIPCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS RESULTADOS

En las elecciones municipales de 2003 hubo dos vueltas; la primera se llevó a cabo el 14 de agosto. Además de elegir jefe de gobierno, los porteños votaron para cubrir sesenta bancas en la legislatura de la ciudad y doce de los veinticuatro escaños de diputados que representarían a la ciudad en la Cámara baja del Congreso Nacional. El cuadro resume los resultados de estas tres contiendas (para jefe de gobierno, legislatura de la ciudad y Congreso Nacional).⁴⁶

Resultados de las elecciones municipales de 2003 en Buenos Aires: primera y segundas vueltas

Partidos y candidatos	Jefe de gobierno	Consejo Municipal	Congreso Nacional	PRIMERA VUELTA (%)	SEGUNDA VUELTA (%)
Compromiso para el cambio (Macri)	37	35	35	47	
Poder porteño (Ibarra)	33	32	33		53
Otros partidos*	27	29	29		—
Votos impugnados/anulados	3	4	3		—

* Incluyo en este categoría (con el porcentaje de votos para jefe de gobierno) a Autodeterminación y Libertad (12), Recrear (9), Unión Cívica Radical (2), Izquierda Unida (1), Partido Obrero (1) y Partido Socialista (2).

En la primera vuelta, Macri ganó la elección para intendente con el 37% de los votos, ubicándose cuatro puntos por encima de su rival más próximo, Ibarra, que obtuvo el 33%. Los otros cinco candidatos recibieron en total el 27%. Alrededor del 32% de los porteños en condiciones de votar su abstuvieron en la primera vuelta (y el 30% en la segunda). Dicho de otro modo, el bloque

abstencionista salió tercero, a escasa distancia de Macri y de Ibarra, aunque muy por encima de los restantes candidatos. Fue el mayor número de abstenciones en la historia de Buenos Aires hasta ese momento, y la cifra cobra especial significación si se tiene en cuenta que en la Argentina el sufragio es obligatorio y la ley castiga su incumplimiento.⁴⁷

En las otras dos contiendas (para la legislatura municipal y el Congreso Nacional), los resultados de esta primera vuelta fueron similares: los candidatos de Compromiso para el Cambio les ganaron a los de Poder Porteño por tres y dos puntos porcentuales, respectivamente. Los otros cinco partidos reunieron el 29% restante de los votos.

Como ninguno de los candidatos a intendente obtuvo más del 50% en la primera vuelta, el 14 de septiembre se realizó la segunda (*ballotage*), cuyos resultados también aparecen en el cuadro. En ella, Ibarra sacó el 53% contra el 47% de Macri. Muchos votantes de los barrios humildes del sur de la ciudad, que en la primera vuelta se habían pronunciado por Macri, en la segunda se volcaron en favor de Ibarra. Néstor Kirchner, que acababa de ser elegido presidente y a la sazón contaba con el apoyo del 85% del electorado, envió a seis de sus ministros y a un ejército de operadores políticos para colaborar en la campaña de Ibarra, con lo cual nacionalizó las elecciones municipales. Además de movilizar a los votantes y de proporcionar recursos materiales, el presidente y sus ministros aparecieron con frecuencia junto a Ibarra en mitines públicos, incluido

el que se llevó a cabo en la Villa 21-23, un asentamiento de 18.000 personas en una zona que abarca los barrios de Parque Patricios, Pompeya y Barracas, donde los macristas habían ganado por amplio margen en la primera vuelta pero perdieron en la segunda.⁴⁸

PERSPECTIVA DE UN VOTANTE

La mayoría de los aficionados al fútbol a quienes entrevisté en los meses inmediatamente posteriores a las elecciones en distintos barrios de la ciudad encuadraron el sufragio en relación con el fútbol. Felipe (38 años), hincha de Boca, nació y se crió en un pequeño pueblo de la provincia de Entre Ríos y se trasladó a Buenos Aires cuando era joven; en el momento de la entrevista vivía con su segunda mujer y tres hijos en el barrio de Barracas, a algunas cuadras del estadio de Boca, donde alquilaba un departamento semiabandonado. Plomero sin matrícula, había tenido un trabajo de jornada completa, pero poco tiempo atrás se había quedado sin él y estuvo un año y medio desocupado. Se ganaba la vida haciendo pequeñas “changas” y recibía un subsidio oficial. Cuando le pregunté por qué lo había votado a Macri, me respondió:

Él dio vuelta el club, y lo mismo va a hacer con la ciudad. Vaya a verlo por sí mismo. (...) Reformó el estadio y la Casa Amarilla [vivienda colectiva donde se alojaban jugadores jóvenes]. Hizo mucho por los chicos de las provincias que son reclutados para jugar en el club. Cada vez que vienen a visitarme mis parientes [de Entre Ríos], los llevo a conocer Boca. (...) Ahora, cuando el club pierde dinero, las deudas las paga su personal. (...) Du-

rante la campaña, Macri visitó el barrio y nos dijo que trabajar en Boca lo había cambiado. Puedo asegurar que es cierto. Su familia es rica, pero él es un tipo de barrio. (...) Boca tiene que hacer más cosas por el barrio, pero, para que pueda ayudarnos, él debe ser elegido intendente; por sí solo, el club no está en condiciones de mejorar a Barracas. Yo voté por Macri, aunque tengo la impresión de que, si hubiera llegado a intendente, se habría comportado como todos los políticos. Se habría olvidado de nosotros. Ésta es la principal diferencia entre ser presidente de un club y ser intendente: el primero no puede ignorar a los hinchas, pero el segundo sí ignora a los votantes.⁴⁹

Al igual que Felipe, muchos otros hinchas de Boca que vivían en barrios pobres a quienes entrevisté alabaron a Macri por las reformas administrativas que había hecho en el club y lo criticaron por el trato que mantenía con los habitantes del barrio. No obstante sus críticas, la mayoría de ellos lo votaron.

María, una madre soltera de tres hijos, de 54 años de edad, es directora de un programa de actividades extraescolares en el barrio de La Boca. Junto con su personal, da de comer a chicos pobres. Para hacer dinero, hornean diariamente alrededor de cuatrocientos pasteles con los colores de Boca, que venden a los turistas, los visitantes ocasionales y los residentes del barrio. Tanto María como todos los miembros de su familia son de Boca, pero votó por Ibarra, y éstas fueron sus razones:

Antes de que Macri fuese presidente de Boca, los chicos del barrio no tenían que pagar para usar la pileta del club, el gimnasio, las canchas y otras instalaciones. Ahora lo privatizó y no los deja entrar. Lo único que le interesa es hacer dinero y más dinero.

Después de la crisis, Ibarra paró la bola [de las privatizaciones]. Si nosotros [los que trabajan en el programa de actividades extraescolares] logramos lo que logramos en los cuatro últimos años, es porque él nos ayudó.⁵⁰

Tanto María como Felipe estaban bien familiarizados con la vida interna del club y conocían su influencia en la comunidad, y, aunque discrepan en su evaluación de las medidas que había tomado Macri, el juicio que emitían sobre él como candidato a intendente se basaba principalmente en tales medidas.

Fernando vive en otro barrio humilde, Mataderos, que antaño se jactaba de poseer los corrales de ganado en pie más grandes del mundo, hoy reducidos a complicados laberintos de madera vacíos. Fernando tiene 46 años y trabaja como encargado en un edificio de departamentos próximo al estadio de fútbol de Nueva Chicago, donde tanto él como todos los miembros de su familia ampliada vivieron la mayor parte de su vida. Del mismo modo que sus parientes, Fernando fue hincha de Nueva Chicago “desde antes de nacer”, y, aunque ahora no está en condiciones económicas de pagar su cuota de afiliado, concurre a todos los partidos en que Nueva Chicago es local. Durante toda la entrevista que le realicé, Fernando destacó que él era un “peronista auténtico” (no un menemista); pero, pese a sus inclinaciones populistas-izquierdistas, votó a Macri:

Que yo esté en la izquierda no significa que no pueda aceptar las ideas conservadoras. Si así fuera, sería un ignorante. (...) Macri ha sido muy bueno para Boca; modernizó el estadio, y,

sobre todo, siempre está conservando y renovando sus instalaciones, no como pasa en mi club. Todavía tiene que dominar a las “barras bravas”. (...) Me gustaría que fuese presidente de nuestro club, aunque decir esto no es fácil para mí. (...) Todo el mundo sabe que es un empresario, pero es honesto, eficiente, y consigue que las cosas se hagan. Me chupa un huevo que sea de derecha o no; vea lo que pasa con Ibarra y otros zurditos. No hacen más que hablar, hablar, hablar; a mí me interesa ver resultados; eso, resultados. Si Macri consigue hacer en Buenos Aires el treinta por ciento de lo que logró en Boca, [la ciudad] mejorará un cien por ciento.⁵¹

Algunos de sus parientes y amigos le advirtieron a Fernando que si Macri salía elegido privatizaría todo (escuelas, hospitales públicos, etc.), pero Fernando respondía siempre lo mismo: “Si Macri intenta hacer eso, no durará mucho; lo vamos a tumbar como tumbamos a De la Rúa [cuando fue presidente de la nación].”⁵² Al buscar en Boca inspiración para la reforma de su propio club, Nueva Chicago, Fernando se convenció de que el fútbol tenía mucha importancia para comprender la política municipal.

Guillermo, de 68 años, que vive en Flores, un barrio de clase media situado en la zona central de la ciudad, trabajó veinticinco años como inspector municipal. Decía ser hincha “desde que nació” de Vélez Sarsfield, un club del barrio de Liniers, relativamente próximo a Flores. A pesar de que simpatizaba con Macri, decidió votar por Ibarra, debido a motivos que sólo él podría explicar. Sus mejores amigos, dijo, eran socios de Boca, y a lo largo de los años lo habían mantenido informado de los cambios introducidos en el club por Macri. Guillermo aprobaba esos cambios y

le habría gustado que el presidente de Vélez los hubiera adoptado para su club. Describió a Macri así:

Es una persona moderna, alguien que está adelantado a su época. Pronto la gente adivinará su plan de juego y querrá sumarse a su equipo. Macri es drástico, “mata” [verbo usado aquí con sentido positivo]. Mis amigos del club [Boca] me cuentan, y también lo leí [en los diarios], que sabe oler un negocio y hacer dinero allí donde otros no saben; es una cuestión de mentalidad. Déjeme que le cuente: después de la Copa del Mundo [de 2002] trajeron a ese hombre de negocios a Boca... no recuerdo su nombre, pero bueno, lo cierto es que lo trajeron, y Macri le propuso un negocio, y ahora están ganando millones con eso. Y con la ciudad va a hacer lo mismo que hizo en el club. Recortó drásticamente el presupuesto para natación, béisbol y vóleibol, que le estaba haciendo perder plata al club. (...) Yo habría hecho lo mismo: uno tiene que cuidar su billetera. Pero no me interprete mal: yo no lo voté a Macri. Tendría que haberlo hecho, pero lo voté a Ibarra. Si Macri llegaba a intendente, hubiera reducido en un cincuenta por ciento el presupuesto de la ciudad y la cantidad de empleados. Tengo muchos amigos que trabajan para el municipio y están por jubilarse. Todos nosotros trabajamos duro toda la vida; nos merecemos una buena jubilación. A mi edad, no puedo cambiar de camiseta y ponerme a jugar para el otro bando.⁵³

PRÁCTICAS SOCIALES Y DE REPRESENTACIÓN DURANTE LA CAMPAÑA

Como indicamos en la sección anterior, el problema central que se debatía en las elecciones municipales era, presumiblemente, el grado en que el gobierno debía confiar en el Estado o en el mercado para organizar la vida pública de la ciudad. Sin embargo, al emplear metáforas y símbolos tomados del fútbol, los principales candidatos, los gestores de sus campañas y los votantes mismos dieron a los comicios otro significado.

Compromiso para el Cambio había lanzado su campaña a fines de marzo en el estadio de Obras Sanitarias, situado en el barrio de Núñez, de clase media, barrio que votó en favor de Macri en las dos vueltas. A este mitin concurrieron alrededor de tres mil quinientas personas de toda clase social. Fue la primera vez que se reunían en un mismo lugar los partidarios de Compromiso para el Cambio, coalición creada apenas unos meses antes y que nunca había participado en una elección. Al menos para los asistentes, el mitin era prueba de que se trataba de una auténtica fuerza política y no el producto de las ilusiones de sus líderes.

Se montó un escenario en uno de cuyos costados había alrededor de una docena de dirigentes sentados en sillas, que se turnaron para lanzar fervientes discursos desde el podio levantado en medio del estadio. Mientras ellos hablaban, en una enorme pantalla a sus espaldas se proyectaban sus imágenes. Según un periodista, la lista de oradores fue mucho más variada de lo que el público esperaba, e incluía a conocidos profesionales, personas desocupadas, así como ex militantes del Partido Justicialista expulsados de éste poco tiempo atrás.⁵⁴ Todos los oradores hablaron “con fervor evangélico sobre la fe que le tenían a Macri”. Este último, que era ingeniero civil, pronunció un discurso colmado de cifras que fue descripto como “sobrio y preciso” —dicho de otro modo, poco entusiasta—.⁵⁵ Sus estrategas estaban preocupados por su estilo distante y tecnocrático.

Entre el público se encontraban los conocidos arqueros Raú Cascini (de Boca) y Ezequiel Gonzales (de River) y Macri los invitó a subir al escenario. Elogiaron a Macri por haber salvado a Boca de la quiebra y aseguraron que, si era elegido jefe de gobierno, haría lo propio con la ciudad. Cuando caía la noche, la mayoría de los oradores, incluido Macri, usaron reiteradamente la frase “pasión por la política”, inspirada en la canción “Pasión por el fútbol”, que entonan los hinchas de Boca durante los partidos.⁵⁶ Hacia el final del mitin, un grupo de personas harapientas a quienes los periodistas identificaron como fanáticos de Boca del barrio de Villa Lugano —un vecindario humilde que votó por Compromiso para el Cambio en la primera vuelta, pero no en la segunda— desplegaron un gran “trapo” con la imagen de Macri y lo tendieron sobre las rampas de salida del estadio. Para un hincha de fútbol, este tipo de estandartes es lo que la bandera nacional para el ciudadano: un ícono sagrado de la patria, que representa a la comunidad. (En la mayoría de las peleas que libran las “barras bravas” en los estadios, las pandillas tratan de capturar los estandartes de sus rivales). Este mitin estuvo netamente marcado por un estilo comunicativo que se basó en la fusión de la política (discursos ideológicos, apoyo de figuras públicas) y el fútbol (jugadores, cánticos, estandarte).

Una vez iniciada la campaña, los macristas organizaron decenas de reuniones vecinales (dirigidas a los líderes comunitarios) y de grupos focalizados (cuyos destinata-

rios eran los sindicalistas, los *gays*, las congregaciones religiosas, etc.). Los tres ejemplos que analizamos a continuación ilustran de qué manera el fútbol y la política contribuyeron a plasmar las prácticas comunicativas de votantes y candidatos en estas reuniones.⁵⁷ A mediados de agosto, entre la primera y la segunda vuelta, el presidente y otros integrantes del club River Plate invitaron a Macri para que expusiera su plataforma ante unos doscientos “pollos” (apodo adoptado por los hinchas de River). El público aulló de júbilo y se rió a carcajadas cuando el presidente José Aguilar presentó a Macri de este modo:

Hoy es una fecha especial y muy memorable para nosotros, porque hace veintisiete años, este mismo día, le ganamos a Boca y conquistamos el campeonato metropolitano de 1975. Esta noche conmemoramos nuestra victoria. Me da también un enorme placer presentar a este hombre [Macri], que, aunque no es exactamente un miembro de nuestra casa, es sin embargo un amigo.⁵⁸

Macri estaba acompañado en el escenario por Diego Santilli, hijo de Hugo Santilli, ex presidente de River, y hermano de Darío Santilli, que era a la sazón secretario del club. Éste era un gesto que cualquier “pollo” habría de valorar. En su discurso, Macri subrayó la necesidad de modernizar el Estado, preservar los espacios verdes y poner fin al clientelismo de los “ñoquis” que había florecido en la administración municipal con Ibarra. Luego le pasó el micrófono a Santilli, quien se entregó a una de esas reminiscencias sentimentales a que tan afecto es el folclore futbolístico:

Cuando yo tenía 16 años, José María Aguilar y Ramiro “el Loco” Castro, que está entre el público y es un “pollo” legendario, solían llevarme a la cancha a vivar a River [cuando jugaba contra Boca]. Quién habría dicho que veinte años más tarde yo estaría parado aquí, apoyando la candidatura a jefe de gobierno del presidente de Boca. Hay cosas que siempre van a separarnos, pero hay otras, más fuertes, que nos unen, entre ellas la pasión por mejorar la ciudad de Buenos Aires.⁵⁹

Santilli le recordó a los concurrentes que, además de ser fanáticos de River, eran porteños, y como tales tenían la responsabilidad de mejorar el gobierno de la ciudad apoyando a Macri y a su lista de candidatos.

Los macristas organizaron, asimismo, una reunión en un salón de baile de Nueva Pompeya, barriada popular de la zona sur de la ciudad. Asistieron unas dos mil personas de los alrededores, muchas de las cuales estaban desempleadas o vivían de la asistencia pública. Fueron a manifestar su apoyo a los candidatos pero también a participar de la fiesta y tener la oportunidad de compartir con amigos y extraños las incontables bandejas de empanadas de carne y de platos de locro. Macri aseguró que, contrariamente a lo que afirmaban los ibarriistas, él quería modernizar el Estado, no achicarlo.⁶⁰ Después de su discurso, Macri preguntó quiénes eran de Boca, y casi todo el mundo levantó la mano y comenzó a cantar “¡Dale Booooca!”, arrastrando la primera sílaba de “Boca” como acostumbraban hacer en el estadio; las paredes del salón temblaron mientras Macri lo recorría abrazando y besando a sus partidarios. Hasta los hombres de prensa

quedaron confundidos y comentaron su cambio de estilo. Sus estrategas de campaña, que durante meses habían tratado de que mostrara un aspecto más afable, señalaron con aprobación: “Mauricio se está ablandando un poco, está peronizando su estilo”.⁶¹

Compromiso para el Cambio fue invitado por el Partido Demócrata Progresista, que hasta hacía poco había apoyado a la coalición centro-izquierdista de Ibarra, a que se uniera a sus filas, pese a que entre los miembros del partido muchos habían manifestado sus dudas sobre Macri.⁶² Uno de los dirigentes del PDP, Oscar Moscarieillo, expuso así sus argumentos en favor de Macri:

Quiero recordarles a todos ustedes que, cuando Macri asumió como presidente de Boca, el club estaba en quiebra y durante su administración las cosas se dieron vuelta totalmente; hoy el equipo es invitado a jugar en el exterior, gana 270 millones de dólares, y mientras tanto Ibarra tuvo la oportunidad de modernizar nuestras escuelas y hospitales pero no hizo nada. Ahora es demasiado tarde: el valor del dólar se fue para arriba y ya no podemos permitirnos eso. Debo admitir que, en el plano ético, Ibarra no me ha decepcionado, pero considero que su gobierno fue un fracaso. Ibarra dedica gran parte de su tiempo a mejorar la imagen que tiene ante los medios, en lugar de ayudar a la gente.⁶³

Luego Macri fue invitado a dirigir la palabra al público. Tras referirse a la situación delicada de los pobres en la ciudad y al fracaso de Ibarra en darles trabajo, se centró en el aspecto internacional de las actividades del municipio, recurriendo, para explicar este tema, a una metáfora algo rebuscada del fútbol:

Desde la perspectiva de la comunidad internacional, hemos perdido el respeto y la autoridad que antes teníamos. Pedirle permiso

al FMI sobre lo que podemos o no podemos hacer es lo mismo que si Sacachispas [un equipo de fútbol de las divisiones inferiores, del barrio de Villa Soldati] le pidiera a Blatter [secretario de la Federación Internacional de Asociaciones del Fútbol] que organizara un campeonato infantil.⁶⁴

Según Macri, para los inversores extranjeros la decadencia de Buenos Aires indicaba un malestar moral general que afligía a todo el país.

Los macristas organizaron festivales callejeros en no menos de diez barriadas, siete de las cuales pertenecían a las zonas humildes del sur de la ciudad (Parque Patricios, Villa Soldati, Villa Luro, Villa Lugano, Barracas, Mataderos, Liniers) y las tres restantes eran barrios de clase media de otras zonas (Belgrano, Coghlan, Caballito). Si bien cada uno de estos festivales tuvo características propias, compartieron algunos rasgos. En todos ellos, camiones con altoparlantes iban a la cabeza anunciando el arribo de la caravana y eran seguidos por murgas (Los Locos de Liniers, Los Malévolos de Palermo) vestidas con sus clásicos trajes ampulosos de colores brillantes, semejantes a los de los payasos de circo, que bailaban al son de una banda. Estas murgas y bandas suelen actuar de noche durante el carnaval en sus respectivos vecindarios, y son tan emblemáticas de éstos como los clubes de fútbol. A lo largo del trayecto, las bandas ejecutaban sus canciones festivas y los bailarines saltaban y se contorsionaban en el aire ante los vítores y aplausos del público. Eran seguidos por Macri y su entorno, incluidos Antonio Roma y Amadeo Carrizo (ex arqueros de Boca

y River, respectivamente). En toda la ciudad aparecieron luego carteles, pósters y etiquetas autoadhesivas con la imagen de ellos tres (más adelante volveremos sobre este punto). Al final de la caravana iba el Vasco Ariel, conocido hincha de Boca, quien, pese a sus rotundos ciento treinta kilos, cumplió con su promesa de hacer todo el recorrido en bicicleta.

Macri y sus jefes de campaña se detenían cada tanto para preguntarle a la multitud cuáles eran los problemas que más les preocupaban. En Belgrano, un hincha de Chacarita se quejó de la ineptitud de Boca para controlar a sus “barras bravas” y brindarles a los que concurrían a la cancha una seguridad apropiada.⁶⁵ En Villa Lugano y otros barrios humildes, los habitantes del lugar saludaron a la caravana “usando la camiseta de Boca, mientras desde los balcones se tiraba serpentina con los colores azul y oro de Boca, y todo el mundo entonaba cánticos como ‘Dale Boca’”⁶⁶. Un periodista que siguió a la caravana por varios barrios apuntó lo siguiente:

Cada vez que Mauricio Macri sale [de campaña] por Buenos Aires, la gente le formula siempre las mismas preguntas: ¿Va a volver a traer a Riquelme [para que juegue en Boca]? o ¿Qué planea hacer con el arquero [de Boca]? En lugar de molestarse por eso, Macri responde, pero enseguida cambia de tema de conversación y comienza a charlar sobre lo que a él más le interesa (...) la seguridad pública, la salud y la educación. Lo más curioso [de esta elección] es que los porteños se han olvidado de que tienen esos problemas, y por lo tanto Macri les tiene que recordar continuamente que la elección es para resolverlos. De ahí que inventara un nuevo método a fin de concentrarse en estas cuestiones. Cada vez que alguien se le acerca para hablar de fút-

bol, le pregunta de qué cuadro es y saca del bolsillo del pantalón una escarapela con la insignia del suyo [Boca]. Esto calma a sus interlocutores y le permite a Macri reencauzar la charla hacia el tema de la política.⁶⁷

En los comienzos de la campaña, Compromiso para el Cambio organizó un mitin callejero cerca del estadio de Boca, convencido de que los habitantes de lugar se congregarían en torno de Macri y generaría un impulso suficiente para llevar la campaña a los barrios humildes linderos. No fue así. El día del mitin, unas trescientas personas, que representaban a alrededor de una docena de entidades comunitarias (entre ellas Puertas Abiertas, Asamblea Vecinal de Caminito, Asamblea Vecinal de Parque Lezama, Vecinos Solidarios y otros grupos de centro-izquierda)⁶⁸ marcharon hacia la explanada que estaba cerca de la Avenida Costanera y le impidieron a Macri llegar hasta el escenario. Los manifestantes emitieron un comunicado en el que se leía lo siguiente:

Rechazamos a Macri en los términos más enérgicos posibles. Las consecuencias de su proyecto para el gobierno de la ciudad ya son claramente visibles en nuestro barrio. Como presidente de Boca, ha suprimido todas las actividades sociales y recreativas [antes gratuitas]; lo ha privatizado todo en el club, incluida la calle [que está frente al estadio]. Ha hecho todo lo que estaba en sus manos para que el club le diera la espalda al barrio.⁶⁸

Los manifestantes lograron desinflar la campaña de Macri, obligando a sus estrategas a organizar los festivales con murgas en otros barrios humildes a fin de recobrar impulso.

EL USO QUE HIZO DEL FÚTBOL PODER PORTEÑO

Al principio, los ibarriistas desestimaron la importancia del fútbol y procuraron persuadir a los votantes de que la opción fundamental que ellos enfrentaban era apoyar, para regir los destinos de Buenos Aires, un modelo individualista (neoliberal) o solidario (social demócrata). En un programa de entrevistas televisivas con mucha audiencia titulado *La otra verdad*, su conductor, Korol, mantuvo este diálogo con Ibarra:

Korol: ¿Qué necesita hacer para atraerse a los votantes de Boca?

Ibarra: Esta [elección] no tiene nada que ver con el deporte.

Korol: ¿Usted piensa eso, realmente? ¿No cree que debería tratar de ganarse el apoyo de River y de su presidente, Aguilar? ⁶⁹

Pero a medida que avanzaba la campaña, Poder Porteño empezó a incluir en su vocabulario político términos futbolísticos. Se vio obligado a hacerlo, ya que todos los demás participantes (los candidatos macristas, los que apoyaban a Poder Porteño, los votantes independientes, los periodistas, los consultores políticos) ya estaban usando metáforas y símbolos relacionados con el fútbol para dar un sentido a esas elecciones. El fútbol se había convertido en la “lengua franca” de la campaña, y, si pretendían seguir en el ruedo, los ibarriistas debían hablar el mismo idioma. En los comienzos de la campaña, los abogados de Compromiso para el Cambio habían presentado una denuncia contra Poder Porteño ante la Corte Suprema por haber modificado su lista de candidatos

cuando ya había vencido el plazo para ello. Inquirido al respecto, Ibarra respondió:

Se ve que Macri está muy nervioso. Yo le aconsejaría que trate de ganar el partido entre nosotros en nuestro campo de juego y no en las oficinas de la Asociación del Fútbol Argentino.⁷⁰

Tan pronto concluyó la primera vuelta electoral, un periodista que entrevistó a Ibarra le preguntó por qué creía que había perdido. A lo largo de toda la entrevista, dijo: “(...) Ibarra comparó las elecciones porteñas con un partido de fútbol”, y citó sus propias palabras:

(...) había querido que el primer tiempo del partido [o sea, la primera vuelta] terminara bien (...) pero lo más importante es quién saldrá victorioso al final de los noventa minutos, cuando se conozcan los resultados finales del *ballotage*.⁷¹

A medida que se aproximaba la segunda vuelta, Ibarra comenzó a usar la jerga futbolística con mucho mayor frecuencia. La primera semana de septiembre, después del partido entre Boca y Chacarita, fanáticos de ambos equipos libraron una batalla campal con garrotes, cuchillos y cadenas fuera del estadio, provocándose heridas mutuas y lastimando también a algunos espectadores inocentes. Según los ibarristas, ésta era la prueba más fehaciente de que los macristas no podrían cumplir con su promesa electoral de mejorar la seguridad pública en la ciudad:

He oído muchos *slogans* y declaraciones arrogantes según las cuales el problema de inseguridad que tiene Buenos Aires puede resolverse fácilmente poniendo en práctica una o dos medidas sencillas, pero este incidente en el estadio de Boca muestra que la cuestión de la seguridad pública es algo mucho más difícil [de

lo que imaginan los macristas]. (...) Si ni siquiera les pueden dar seguridad a los aficionados en un partido de fútbol en su propia cancha, no sé cómo van a garantizar la seguridad de la ciudad, que tiene problemas mucho más complejos.⁷²

Los macristas replicaron que la policía había hecho poco y nada para brindar protección dentro del estadio y en sus cercanías, lo cual los llevaba a preguntarse si este episodio no sería parte de una campaña más amplia para desacreditarlos. La disputa entre ambos bandos prosiguió y se volvió cada vez más ácida, obligándolo a intervenir al ministro del Interior, quien reprendió a los dos:

Nadie tiene derecho a manejar a nuestros ochenta ciudadanos heridos ni a jugar con su vida. (...) ¿Quién puede ser tan imprudente como para presumir que lo que pasó [en el estadio] tuvo motivaciones políticas?⁷³

Los ibaristas no sólo habían superado su propia resistencia a utilizar metáforas futbolísticas, sino que hasta estaban abusando de ellas. En la primera mitad de la campaña, mandaron a imprimir miles de etiquetas autoadhesivas, calcomanías y volantes con los colores de Boca; uno de ellos decía: “Soy de Boca, pero voto por Ibarra”; otro proclamaba: “La mitad más uno no vota a Macri”, alusión al lema “Somos la mitad más uno”, con que se autodescribían los hinchas de Boca.⁷⁴ Compromiso para el Cambio respondió imprimiendo otras 200.000 etiquetas autoadhesivas, calcomanías y volantes con el emblema de todos los clubes de fútbol de la ciudad, y reclutó a un pequeño ejército de hinchas de Boca para que salieran a pegarlos por todas partes.⁷⁵ A los pocos

días, la puerta principal y la fachada de muchos edificios públicos y privados (escuelas, hospitales, cementerios, oficinas, comercios) así como las paradas y refugios para autobuses, las carteleras de anuncios publicitarios, los faroles, los semáforos, los tachos de residuos, las entradas de los subtes y los árboles que se encontraban en el perímetro de las plazas y parques estuvieron empapelados de propaganda.

Los partidarios de Poder Porteño solían recurrir a terminología futbolística para expresar el apoyo a su candidato. Mientras Ibarra recorría la Avenida Rivadavia (una de las más comerciales y transitadas de la ciudad), un grupo de hinchas de River lo rodearon para alentarlo diciéndole: “Ganale a ese bostero.”⁷⁶ Varias cuadras más adelante por la misma avenida, un grupo numeroso de hinchas de Boca contrarios a Macri bromearon diciéndole: “Si te hacés de Boca te votamos.”⁷⁷ En Caballito, un barrio de clase media, un grupo de mecánicos de automóviles salieron de sus talleres con sus mamelucos sucios de aceite y corearon a Ibarra cantando: “Aguante, Aníbal, párelo a Macri.”⁷⁸ En todo el barrio de La Boca, Poder Porteño pegó centenares de volantes con una larga lista de hinchas, jugadores y funcionarios de Boca Juniors que, según decían, apoyaban a Ibarra. Cuando se le preguntó a “la Raulita” (una hincha legendaria de Boca, ícono femenino del mundo del fútbol) a quién iba a votar, respondió: “No tengo problemas con ningún candidato,

pero no me gusta la política. Evita [Perón] es la única política a la que siempre quise.”⁷⁹

En esta fusión del fútbol y la política los dos principales candidatos a jefes de gobierno, sus estrategas de campaña y los votantes porteños, pese a su desigual acceso a recursos sociales y comunicativos, contribuyeron a resignificar las elecciones.

CONCLUSIONES

Dicho brevemente, el “gambeteador democrático” es un ciudadano que toma elementos de la vida comunitaria basados en el reconocimiento mutuo, la solidaridad colectiva, la dignidad individual y una intensa preocupación por “valores post-materiales” vinculados con el ocio y otros “bienes irredimiblemente sociales” —como los llama Charles Taylor⁸⁰—, y los fusiona con su adhesión a la democracia electoral. Según he intentado mostrar en este ensayo, este nuevo tipo de ciudadano transformó los clubes de fútbol en modelos “de y para” la vida municipal, partiendo de la base de que la mejor manera de restaurar a la vida pública la autoridad moral y la eficacia sociopolítica era conciliar las fuerzas del Estado y del mercado, como se había hecho en el club Boca Juniors. Los porteños adoptaron este modelo en su vida política y, al participar en las elecciones municipales, se constituyeron en “gambeteadores democráticos”, recuperando así la fe en la democracia electoral. A mi juicio, el surgimiento del gambeteador democrático y la transformación de los

clubes de fútbol en modelos de la vida urbana es un ejemplo de libertad positiva, y no de libertad negativa, como han sostenido los grupos de centro-izquierda.

Tras el retorno de la democracia a la Argentina en 1983, muchos porteños que antes habían apoyado la lucha armada o participado en ella se convencieron de la necesidad de la democracia electoral y de sus virtudes; pero como ocurre con muchos conversos tardíos, gran cantidad de ellos hicieron una interpretación literal de las elecciones, sin entender sus aspectos metafóricos. Eduardo Anguita, ex miembro del Ejército Revolucionario del Pueblo que pasó once años en la cárcel durante la dictadura militar y es autor de varios libros importantes sobre la vida pública contemporánea, manifestó en una entrevista su exasperación ante la futbolización de la política:

Si para hablar de política vamos a ponernos a discutir si el director técnico de Boca tiene que ser Bianchi o el “Chino” Benítez, prefiero dedicarme a otra cosa. Yo estoy comprometido con la práctica de la política social; gracias a la interacción de las personas se generan otros “saberes” y es esto lo que nos permitirá (...) construir un nuevo lenguaje político. Sin embargo, este lenguaje no existe todavía; nos sigue faltando un lenguaje apropiado para la democracia.⁸¹

A pesar de su enorme sensibilidad ante los aspectos comunicativos de la vida política, Anguita, como tantos otros individuos de centro-izquierda, sigue mostrándose incapaz de entender la forma en que los porteños mezclaron el fútbol y la política en las elecciones municipales. Recordemos que cuando Hannah Arendt se encontró por primera vez con esa frase enigmática, “la vida, la

libertad y la búsqueda de la felicidad”, que aparece en la Declaración de la Independencia de Estados Unidos y en ese momento era interpretada, desde una perspectiva liberal, como la defensa de la felicidad privada del individuo, ella cuestionó esta deducción del sentido común recontextualizando los tres términos dentro de la tradición del republicanismo clásico. Señaló que cuando los padres fundadores de Estados Unidos acuñaron esa frase, lo hicieron para destacar la satisfacción que extrae el individuo de su participación en la vida pública.⁸² Análogamente, cuando los hinchas porteños fusionaron fútbol y política, estaban expresando su constante adhesión a la vida comunitaria y a la democracia electoral, pese a que la globalización neoliberal había hecho estragos en ambas. El error del centro-izquierda en su interpretación de esta fusión entre el fútbol y la política nos recuerda el de sus equivalentes italianos, que no supieron entender por qué Silvio Berlusconi volvió al poder en el año 2001.⁸³

CODA

Después de haber perdido las elecciones en las que triunfó Ibarra (obligado poco después a dimitir por un juicio político), el 23 de octubre de 2005 Macri fue elegido diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires en representación de la alianza Propuesta Republicana (PRO) y más adelante anunció que en 2007 se presentaría como candidato a jefe de gobierno. Queda por ver si los candidatos, estrategas y votantes de centro-izquierda

serán capaces de proponer un programa político alternativo que incorpore algunos de los símbolos y de los elementos morales que contribuyeron al éxito de Macri en la primera vuelta de las elecciones municipales.

NOTAS

1. Entrevista 14.
2. *Ibid.*
3. Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford, Oxford University Press, 1969, p. 122-73.
4. Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973, p. 93-5.
5. Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Nueva York, Random House, 1999; James Houston, *Cities and Citizenship*, Durham, Duke University Press, 1999.
6. Maristella Svampa, *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005.
7. T. H. Marshall, *Class, Citizenship, and Social Development*, Chicago, University of Chicago Press, 1964.
8. Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, *Sectores populares y cultura política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995; Luciano De Prvitello, *Vecinos y ciudadanos: política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 105-83; Omar Acha, “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, *Desarrollo Económico*, v. 44, n. 174, 2004, p. 199-230; Luciano De Prvitello y Luis Alberto Romero, “Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política: El caso de Buenos Aires, 1912-1976”, *Revista de Historia*, v. I, n. 1, 2005, p. 1-34.
9. El número de equipos de primera división varía un poco año tras año debido al sistema de descenso-ascenso, basado en la cantidad de puntos que acumula cada equipo en la temporada. Por lo general, las ciudades en las que predomina el fútbol (San Pablo, Milán, Roma, Turín, Londres, Manchester y Liverpool)

tienen dos equipos de primera división, uno o dos estadios, y rara vez se realizan más de sesenta partidos por temporada. Río de Janeiro es una excepción, con cuatro clubes, tres estadios y alrededor de ochenta partidos por temporada, pero su población es de seis millones de habitantes. Para más información sobre los clubes de fútbol de todo el mundo, ver *Wikipedia: The Free Encyclopedia*, www.wikipedia.org.

10. Subsecretaría de seguridad en espectáculos futbolísticos, 2004: *Un año más por un fútbol en paz*, Buenos Aires, Ministerio del Interior, 2005.
11. Gaspar Zimerman, “Un país con los ojos llenos de fútbol”, *Clarín*, 19 de marzo de 1997; “Sobredosis de fútbol en TV”, *Clarín*, 1º de octubre de 1996; Adriana Martínez Vivot y Eduardo Ovalles, “Fútbol como fenómeno social”, en Rosendo Fraga (ed.), *Nueva Mayoría: Investigaciones*, Buenos Aires, Centro de Estudios de la Nueva Mayoría, 1997, p. 3-6.
12. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, op. cit., p. 412-54.
13. Ariel Scher, “Las manos de unos pocos”, *Página 12*, 15 de julio de 1994.
14. En Europa, los únicos clubes que siguen siendo asociaciones civiles que pertenecen a sus propios miembros son el Schalke, en la ciudad alemana de Gelsenkirchen, y el Barcelona y el Real Madrid, en España.
15. Para una descripción más detallada, ver los informes anuales (titulados “Memoria y balance”) de Boca Juniors, River Plate, Vélez Sarsfield, Huracán, Independiente y San Lorenzo entre 1995 y 2002.
16. Gustavo Rozano y Leonardo Morales, “Voces y contactos”, *Clarín*, 11 de marzo de 2000.
17. Juan Manuel Compte, “El fútbol local no seduce a los inversores grandes”, *Clarín*, 12 de febrero de 2001. Los veinte clubes principales de la Argentina deben, en su conjunto, 341 millones de dólares. La mayoría están retrasados en el pago de sus deudas.
18. Gustavo Veiga, *Fútbol limpio, negocios turbios*, Buenos Aires, Astralib, 2002.
19. A partir de la Reforma Constitucional de 1994, el cargo de “intendente de la Capital Federal” pasó a denominarse “jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”. En el uso

- popular, suelen utilizarse aún las dos designaciones. En lo que sigue, las emplearemos indistintamente (*N. del T.*)
20. En 2004, Boca contaba con alrededor de sesenta y un mil afiliados que pagaban su cuota y muchos miles de hinchas leales al club y que asistían regularmente a los partidos pero que, a raíz de la crisis, ya no estaban en condiciones de pagarla. Este club, situado en el vecindario humilde de La Boca, sigue identificado con la clase trabajadora (a su rival, River Plate, del barrio de Núñez, se lo identifica más bien con la clase media), aunque muchos de sus miembros son personas adineradas de clase media que adoptaron como propia la identidad “plebeya” del club.
 21. Any Ventura, “Mauricio Macri: contra la pared”, *El Gráfico*, 29 de marzo de 2000.
 22. “El conventillo”, *Página 12*, 14 de diciembre de 1995; “Soñar es un gran proyecto”, *El Gráfico*, 26 de diciembre de 1995.
 23. Miguel A. Rubio, “Macri: ¿cómo sigue este partido?”, *El Gráfico*, 17 de diciembre de 1996.
 24. Natalio Gorín, “Soy un tano calentón”, *El Gráfico*, 9 de julio de 1996.
 25. “Qué fácil ganan la plata”, *Página 12*, 2 de mayo de 1996.
 26. Adriana Martínez Vivot y Eduardo Ovalles, “El 39% es hincha de Boca y el 26% de River”, en Rosendo Fraga (ed.), *Nueva mayoría: investigaciones*, Buenos Aires, Centro de Estudios de la Nueva Mayoría, 2004, p. 2-5.
 27. “Los palcos del castigo”, *Clarín*, 21 de mayo de 1996.
 28. “Denuncian discriminación”, *Noticias*, 23 de septiembre de 1999.
 29. “La Xeneize cotiza en la Bolsa”, *Página 12*, 7 de diciembre de 1996.
 30. Carlos Voto, “No alcanza con ser presidente”, *El Gráfico*, 26 de mayo de 1998. La familia Macri, dueña del *holding* Sociedades Comerciales Macri (SOCMA), controlaba las acciones de cincuenta empresas agroindustriales que generaban ganancias anuales de cuatro mil millones de dólares y daban empleo aproximadamente a veintitrés mil personas. El presidente de la compañía, Franco Macri, padre de Mauricio, tenía fama de haber estado envuelto durante la presidencia de Menem en varios

asuntos turbios y debió prestar declaración en diversos casos resonantes de corrupción. Se lo encontró culpable de evasión impositiva y del contrabando de automóviles y autopartes introducidos al país. Asimismo, la compañía de Macri se benefició durante el gobierno de Menem de la privatización de varias empresas del Estado, incluido el Correo Central y las empresas Cuyana de Gas y Autopistas del Sol.

31. “Le rechazaron el balance a Macri”, *Clarín*, 3 de octubre de 1997.
32. Matías Aldo, “Macri: 100 por 100”, *El Gráfico*, 1º de julio de 1997.
33. Christian Leblebidjian, “Boca también juega afuera de la cancha”, *La Nación*, 18 de septiembre de 2004.
34. Javier Castrilli, “La difícil construcción de un espectador del futuro”, *La Voz del Interior*, 15 de julio de 2004.
35. Adriana Martínez Vivot y Eduardo Ovalles, “Dos tercios de los socios de los clubes de fútbol son hinchas del mismo equipo que sus padres”, en Rosendo Fraga (ed.), *Nueva mayoría: investigaciones*, Buenos Aires, Centro de Estudios de la Nueva Mayoría, 2005, p. 2-4.
36. Se llama “*equity*” al patrimonio neto de una compañía, y también al capital accionario de sus miembros (*N. del T.*)
37. Salomon Brothers, “UK Football Clubs: Valuable Assets?”, *Global Equity Research: Leisure*, Londres: Salomon Brothers, 1997, p. 9.
38. Pablo Abiad, “Vivir de préstamos”, *Clarín*, 14 de octubre de 1995.
39. El autor hace un juego de palabras con la expresión “*hired hand*”, que significa “jornalero”, “peón”, pero literalmente es “mano contratada”. Los jugadores son “*hired legs*”, “piernas contratadas” (*N. del T.*)
40. Daniel Popowski, “Dados vuelta”, *Mística*, 28 de noviembre de 1998.
41. José Miguel Jaque, “La pequeña sociedad de Fontanarrosa”, *La Nación*, Santiago de Chile, 7 de noviembre de 2004.
42. Catterberg y asociados, “Intención de voto a jefe de gobierno”, comunicado de prensa, Buenos Aires, agosto de 2003, p. 1-3.

43. *Ibid.*
44. Santiago Rodríguez, “No hay mucha diferencia entre Macri y Barrionuevo”, *Página 12*, 3 de septiembre de 2002.
45. Mauricio Macri, “La obligación del estado”, *Clarín*, 14 de julio de 2003.
46. Ver los datos oficiales de las elecciones en Ministerio del Interior, *Elecciones de Jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, 2003*, Buenos Aires, Dirección Nacional Electoral, 2003.
47. Luego de que cada votante deposita su sufragio en la urna, el jefe de mesa pone un sello en su documento de identidad. Las personas que no tienen sellado el documento corren el riesgo de tener que pagar una multa cuando deban presentarlo para realizar algún trámite oficial (cambio de domicilio, renovación del pasaporte, libreta de matrimonio). Si bien la ley sólo se cumple ocasionalmente, la amenaza de castigo persiste.
48. Marcelo Helfgot, “Ibarra, con el apoyo total del gobierno”, *Clarín*, 15 de agosto de 2003; “Kirchner visitó una villa y le dio a Ibarra un nuevo espaldarazo”, *Clarín*, 21 de agosto de 2003.
49. Entrevista 23.
50. Entrevista 18.
51. Entrevista 27.
52. *Ibid.*
53. Entrevista 9.
54. Fernando Riva Zucchelli, “Macri-Rodríguez Larreta: Un lanzamiento preparado con la precisión de un misil inteligente”, *Noticias Urbanas*, 27 de marzo de 2003.
55. *Ibid.*
56. Ana Gerschenson, “Contra la guerra sucia del oficialismo”, *Clarín*, 23 de junio de 2003.
57. Con respecto a otras asambleas y grupos focalizados, ver los siguientes artículos de Enrique Colombo publicados en *Noticias Urbanas*: “Macri se reunió con sindicalistas municipales”, 23 de julio de 2003; “Macri presentó su plan para combatir el delito”, 6 de agosto de 2003; “Macri habló para los empresarios porteños”, 11 de agosto de 2003; “Macri hizo campaña con uno de los temas fuertes de Ibarra”, 19 de agosto

- de 2003; y “Macri presentó su plan de desarrollo urbano”, 22 de agosto de 2003.
58. Enrique Colombo, “La campaña lleva a Macri a lugares insospechados”, *Noticias Urbanas*, 14 de agosto de 2003.
 59. *Ibid.*
 60. Ignacio Silvera, “Macri sintió en Pompeya el folclore del pueblo peronista”, *Noticias Urbanas*, 28 de junio de 2003.
 61. Ana Gershenson, “La campaña porteña, a todo vapor”, *Clarín*, 29 de junio de 2003.
 62. “Respaldo del PDP a Ibarra”, *Clarín*, 6 de diciembre de 1999.
 63. Horacio Ríos, “Moscarello se fue con Macri y dijo que Ibarra gobierna para los medios”, *Noticias Urbanas*, 26 de agosto de 2002.
 64. *Ibid.*
 65. Marcelo Helfgot y Mariano Thieberger, “Ibarra y Macri cosechan piropos y palos cuando caminan los barrios”, *Clarín*, 7 de septiembre de 2003.
 66. Ana Gershenson, “En la recta final, apareció el macrimóvil”, *Clarín*, 19 de agosto de 2003.
 67. Daniela Santelices, “Los Buenos Aires de Macri”, *Qué pasa*, 15 de agosto de 2003.
 68. Marcelo Heredia, “Los socialistas de La Boca patean contra el arco”, *Noticias Urbanas*, 22 de abril de 2003.
 69. Verónica Bonacchi, “Elecciones”, *La Nación*, 19 de agosto de 2003.
 70. Ricardo Ríos, “Macri va a la justicia para denunciar al oficialismo”, *Clarín*, 14 de julio de 2003.
 71. Santiago Rodríguez, “Con la cabeza en el segundo tiempo”, *Página 12*, 25 de agosto de 2003.
 72. “Ahora, el ballottage: Incidentes en Boca se metieron en la campaña porteña”, *Terra*, 1º de septiembre de 2003, www.terra.com.ar/canales/politica/76/76060.html.
 73. *Ibid.*
 74. Mariano Thieberger, “El fútbol también juega su partido”, *Clarín*, 27 de julio de 2003; Ann Gerschenzon, “Macri apuesta a gobernadores del PJ”, *Clarín*, 20 de julio de 2003.

75. Lucio Fernández Moores, “Estalló la guerra de las calcomanías”, *Clarín*, 5 de agosto de 2003.
76. Alusión al olor pútrido que emanaba en La Boca, durante el primer cuarto del siglo XX, de los hornos de ladrillos que usaban como combustible estiércol de vaca y de caballo.
77. Helfgot y Thieberger, “Ibarra y Macri cosechan piropos y palos...”, *op. cit.*
78. José Rodolfo Oliveto, “El vivir en aguante: Pasión y goce en el hincha”, *Efdeportes*, revista digital, v. 5, n. 27, noviembre de 2000, www.efdeportes.com/efd27aguante.htm. (El término “aguante” es usado por los hinchas de fútbol para referirse a su actitud ante la adversidad, por lealtad a su cuadro preferido.)
79. Mariano Thieberger, “El fútbol también juega su partido”, *Clarín*, 27 de julio de 2003.
80. Charles Taylor, “Irreducibly Social Goods”, en G. Brennan y C. Walsh (eds.), *Rationality, Individualism, and Public Policy*, Canberra, Centre for Research on Federal Financial Relations, Australian National University, 1990, p. 54-5. Los bienes de esta índole “no pueden reducirse a un conjunto de actos, opciones, ni, en verdad, a ningún otro predicado de los individuos”.
81. Liliana Lalanne, “Eduardo Anguita en la esquina”, *La esquina del sur*, 4 de junio de 2006, www.laesquinadelsur.com.ar.
82. Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York, Penguin, 1963, p. 215-83.
83. Paul Ginsborg, *Silvio Berlusconi: Television, Power, and Patrimony*, Nueva York, Verso, 2004.